



¡Escúchenlo!

(basada en Lucas 9,28-36)

Jesús llamó a sus amigos Pedro, Santiago y Juan y les dijo, «Voy a subir a una montaña a orar. Quiero que vengan conmigo». Los amigos de Jesús se miraron entre sí y luego miraron la montaña. Era muy empinada y tendrían que caminar mucho. Se preguntaron entonces qué harían cuando llegaran a la cima con Jesús.

Jesús comenzó a subir, así que se pusieron en camino. Ellos subieron y siguieron subiendo. Fue una subida muy larga. Finalmente llegaron a la cima. Pedro, Santiago y Juan se preguntaron sobre lo que iba a pasar. ¿Subieron tan arriba solamente para orar?

De repente, algo increíble sucedió. Jesús se transformó. Los discípulos vieron como el rostro de Jesús comenzaba a brillar como el sol. Su ropa brillaba como una lámpara resplandeciente en la noche.

A la misma vez, aparecieron dos personas de la nada y comenzaron a hablar con Jesús. Uno era el profeta Elías y el otro era Moisés, el gran líder de Israel. Los discípulos habían escuchado muchas historias sobre estos héroes históricos. Ahora, ellos estaban viéndoles en la cima de la montaña.

Fue un momento increíble.

En ese mismo momento, una nube brillante lo cubrió todo y desde lo profundo de la nube salió una voz. Dios estaba en la cima de la montaña con ellos.

«Este es mi hijo. Yo lo he escogido y lo amo. ¡Escúchenlo!».

Los discípulos se asustaron. Ellos cayeron al suelo y se cubrieron las caras con sus manos.

Jesús, viendo lo que pasaba se acercó a ellos y les tocó en los hombros. «Levántense», les dijo gentilmente. «No tengan miedo».

Los tres discípulos se pusieron de pie y se dieron cuenta de que todo había vuelto a la normalidad.

La luz resplandeciente había desaparecido. Moisés y Elías se habían ido. Ellos estaban solos con Jesús.

Al bajar la montaña, Pedro, Santiago y Juan caminaban en silencio. Ellos estaban pensando sobre la increíble experiencia. No entendían lo que había sucedido. Aún así, estaban seguros de dos cosas.

Jesús era especial. Y Dios les había pedido que lo escucharan.

¡Escúchenlo!

(basada en Lucas 9,28-36)

Esta semana, utiliza una o más actividades de cada sección para descubrir la gracia y la gratitud junto a tu familia.

Reconocemos la gracia de Dios

- Lee y disfruta de la historia con tu familia—usen su imaginación y hagan preguntas.
- Piensen y describan cómo se veía Jesús durante la transfiguración.
- Hablen acerca de qué clase de preguntas pudieron haber hecho los discípulos cuando bajaron de la montaña. Hablen sobre lo que le hubieran preguntado a Jesús si hubiesen estado allí.
- Comenta que escuchar a Jesús es diferente a escuchar a papá o a mamá, a un maestro maestra, o a alguien que nos entrena para algún deporte. Escuchar a Jesús requiere un esfuerzo especial de nuestra parte. Hablen de las maneras en que pueden escuchar a Jesús en su casa y en la escuela.



Respondemos a la gracia de Dios

- Busquen y escuchen una canción que hable sobre la luz de Jesús, como «Enciende una luz». También pueden cantar, «Quiere Jesús que yo brille» para recordar que Jesús también quiere que brillemos.
- Miren fotografías de la familia en diferentes lugares. Conversen acerca de los lugares en donde sintieron la presencia de Dios de una manera real. A menudo en la Biblia, vemos que Dios se encuentra con las personas en las cimas de las montañas. Sin embargo, Dios también está en todas partes. Hablen sobre los lugares favoritos en donde sienten más cerca a Dios.
- Pongan una pista de sonidos de la naturaleza. Pongan un sonido a la vez y adivinen qué sonido es. Hablen sobre cómo pueden escuchar a Dios en los sonidos de su creación.
- Memoricen un versículo. Utilicen un bote de basura y una pelota de espuma suave. Tomen turnos para tirar la pelota hacia el bote de basura. Desafíen a cada persona a repetir de memoria la frase «Éste es mi Hijo, mi elegido: escúchenlo» (Lucas 9,35) antes de tirar.

Celebramos en gratitud

- ¡Somos hijos e hijas de Dios! Ayuda a tu familia a hacer tarjetas de identificación. Pide que escriban su nombre en una tarjeta y que añadan, «Yo soy hijo/a de Dios. Dios me ama». Pide que las decoren. Pongan las tarjetas donde las puedan ver todos los días.
- Hagan esta oración o una similar durante la semana:

Oh Dios, haz que tu amor y tu gracia brillen en nuestros corazones, para que podamos brillar y llevar a más personas a conocer a Jesús, la luz del mundo. Amén.